SIMBOLISMO DEL RITUAL EROTICO EN «ABADDON, EL EXTERMINADOR» *

1. LA SEXUALIDAD ENTRE LOS CATAROS Y MANIQUEOS

Podría decirse que el sentido metafísico-religioso de la última novela sabatiana (donde culmina la reducción de los símbolos a su polo negativo iniciada en *Sobre héroes y tumbas),* se concentra en el extraño rito erótico que tiene lugar entre Sábato *(alter ego* narrativo de Sábato) y la nocturna María de la Soledad. Recordará el lector que en este rito se combinan los símbolos del ojo, la mujer, la ceguera y la cópula, que asumen una posición clave en toda la obra de Ernesto Sábato. Nunca como aquí la ceguera entrada en la Oscuridad, quintaesencia del Mal, aparece tan claramente vinculada con la cópula, que es, para los gnósticos maniqueos, el pecado que perpetúa por medio de la fecundación de la carne, la esclavitud humana bajo el Príncipe de las Tinieblas, monarca del mundo de la materia.

En otro lugar (1), hemos intentado mostrar cómo la concepción gnóstica, y especialmente la gnóstico-maniquea, proporciona una apoyatura esencial para la singular mitopoiesis sabatiana, y es preponderante en *Abaddón.* Según el mito maniqueo (2), la unión entre el demonio masculino Asqualún (que ha devorado las últimas partículas de luz retenidas en la materia) y el demonio femenino Namrael, da origen a la raza humana, que se multiplica por el incesto de Adán y Eva, y prolonga, mediante la reproducción de los seres, el cautiverio de la Luz en la cárcel del cuerpo. Cabe señalar que la mujer toma, para los maniqueos (como en otro contexto para los cristianos), el papel de

---

* Este trabajo ha sido realizado mediante una beca del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina).

(1) El trabajo «Símbolo y experiencia de lo numinoso, en *Sobre héroes y tumbas»,* a publicarse en *Logos,* Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y también en el ensayo «Elaboración del mito gnóstico, en *Abaddón, el exterminador»,* aún inédito.

(2) Cfr. Francisco García Bazán: *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico,* 2.ª edición corregida y aumentada, Castañeda, Buenos Aires, 1978, cap. VI, y Duncan Greenless (traductor y compilador): *The Gospel of the Prophet Mani,* The theosophical publishing house, Adyar, Madras, India, 1956.

iniciadora del hombre en el acto sexual, que representaría la sumisión al poder de las tinieblas: «Then Nebroel (o Namrael) and Ashaplun united together, and she conceived a son whom she called 'Adam'; she conceived again, and bore a daughter whom she called 'Eve'... (both) giving her some of their lust to seduce Adam» (3). También se dice en algunos escritos maniqueos que Jesús se cuidó bien de prevenir a Adán en contra de Eva: «Then he warned him against Eve, showed him her reproach, and forbade him (to touch) her; ...he drove away from him the Seducer, and bound the Great Queen far from him» (4). Ante la idea cristiana de la concepción de Jesús en un vientre humano y femenino, acotan con horror los textos maniqueos: «...he was thrown into a filthy womb —he who is in the 'All' in whom the 'All' exists!» (5).

En la doctrina cátara —que deriva probablemente, a través de los Bogomilos y los Paulicianos, del maniqueísmo— se destacan el carácter satánico del acto sexual y de la «lascivia femenina». Se dice en *La Cena secreta* (en su dos versiones, la de Viena y la de Carcasona) que Satanás fabricó al hombre y a la mujer valiéndose de fango, e hizo entrar en aquellos cuerpos a los ángeles del segundo y tercer cielo respectivamente. Según la versión de Carcasona, los obligó a realizar entonces el acto carnal; según la de Viena, como los ángeles eran puros y no sabían practicarlo, el demonio decidió instruirlos seduciendo a Eva. Pero en ambas versiones es similar la escena de la seducción. El enemigo se aproximó a la mujer, «et repandit sur sa tête la concupiscence et le péché» («et la concupiscence d'Eve était comme une fournaise ardente» agrega la versión de Viena). Luego Satán, transformado en serpiente, satisfizo su propia lujuria con Eva «en se servant de la queue du serpent»; de allí que los hombres no sean llamados «hijos de Dios», señalan los manuscritos, sino «hijos del diablo», o «hijos de la serpiente» («car ils servent la concupiscence du Diable, leur père et la serviront jusqu'a la consommation de ce siècle») (6). Asimismo, se afirma que los hombres, cuyo espíritu proviene de los ángeles celestiales, reciben la carne mortal de la concupiscencia de la carne, al entrar en el cuerpo de la mujer. Los «perfectos» cátaros incluso no se desposaban, pues la relación sexual y sus consecuencias se consideraban demoníacas y pecaminosas, aun dentro del matrimonio. En *La Cena secreta* se elogia especialmente a los que se hacen ellos

---

(3) Greenless: *Op. cit.*, p. 32.

(4) Greenless: *Op. cit.*, p. 36.

(5) Greenless: *Op. cit.*, p. 101.

(6) Cfr. René Nelli (traductor, compilador, comentador): *Ecritures cathares.* Textes précathares et cathares, présentés, traduits et commentés avec une introduction sur les origines et l'esprit du catharisme. Editions Denoël, París, 1959, pp. 40-41.

mismos eunucos (al renunciar al matrimonio) por el reino de los cielos (7).

El rito erótico practicado en *Abaddón* se encuadra, por sus características, dentro de esta concepción maniquea y cátara de la sexualidad, y de la sexualidad femenina especialmente. Mediante la unión con Soledad —a la que se califica como «mujer serpiente»— Sábato provoca la ceguera del monstruoso ojo sexual, e ingresa así, con horror y sin goce, pero atraído por la sensualidad demoníaca de la hembra, al mundo de las Tinieblas y de la Materia. El sometimiento erótico es también lo que lo encadena definitivamente al mundo tenebroso cuando, ya maduro y en plena lucha contra los agentes de la Oscuridad, cae ante Nora (una nueva versión de Soledad), «aquella sigilosa pantera negra, que se movía con la misma sensualidad altanera y elástica de esos animales, pero como si su mente fuese controlada por una serpiente», quien ejecuta sobre él «una complicada y lenta corrupción» (8).

2. BRUJAS Y RITOS SABATICOS

Relacionados con la concepción satánica de la sexualidad que plantean las doctrinas cátaras y maniqueas están los rituales eróticos del *Sabbat*, o las misas negras, donde se invertían los símbolos sagrados de la liturgia católica. Habrá advertido el lector que la unión entre Sábato y Soledad se realiza precisamente bajo la cripta de la iglesia de la Inmaculada Concepción, lo que R. no deja de señalar con sarcasmo. Soledad aparece así como el reverso demoníaco de la Virgen, y su perversa voluptuosidad de serpiente se opone a la pureza de María, arquetipo de la castidad ontológica.

No entraremos en la cuestión —que tanto ha preocupado a los historiadores— de determinar la existencia real del *Sabbat* y de los ritos satánicos en él realizados. Lo cierto es que configuraban un esquema mítico-mágico existente y vigente en el espíritu de la época, y a él hemos de atenernos. Por lo pronto, la bruja, en tanto practicante de la hechicería o magia maléfica, es un tipo femenino ya muy bien conocido en el mundo antiguo, que, bajo la advocación de Selene, Hécate o Diana, urdía sus hechizos nefastos al amparo de las tinieblas. En la Edad Media, crecida como un tumor en el reverso de las creencias cristianas, prosperó la demoniolatría. Satán se convierte en el indiscutido

---

(7) Nelli: *Op. cit.*, pp. 46-47.

(8) *Abaddón, el exterminador*, edición definitiva, Seix Barral, Barcelona, 1980, p. 378. Todas las citas de la obra se harán, tomándolas de esta edición, en el cuerpo del trabajo, precedidas de la abreviatura *AB*.

rey de la noche, monarca oscuro que, con su cortejo de animales repugnantes, evoca «Sábato» en *Abaddón*, pp. 412-413, justamente frente a la iglesia de la Concepción, cuando se dirige a la casona de la calle Arcos donde tuvo lugar, en su adolescencia, el primer encuentro con Soledad y a partir de la cual emprenden la marcha, por un túnel secreto, hacia la cripta de la iglesia. La adoración del Demonio se asocia en el Medioevo (ya en la imaginación de los inquisidores, ya realmente) a las prácticas hechiceriles, y así se forma el cuadro que hoy día nos ha quedado: los brujos y la brujas (sobre todo brujas, pues muchísimas más mujeres que hombres estuvieron involucradas en procesos de hechicería) que se reunían por medios extraordinarios en la noche del *Sabbat* para rendir homenaje al Príncipe tenebroso y para librarse a la práctica de ritos lascivos y criminales.

Las creencias dualistas acerca del dominio del Príncipe de las Tinieblas en el mundo, y acaso las orgías sexuales que llegaron a practicar —aunque con otro sentido— algunas sectas gnósticas (9) parecen haber influido notoriamente en el desarrollo de las especulaciones sobre la brujería y en la pintura del *Sabbat* que conocemos hoy. Si bien el maniqueo o el cátaro repudiaban al Demonio, no cabe duda de que creían en él y en su tremendo poder; su concepción de Satán como señor de las tinieblas y de la carne, así como el vínculo postulado entre el Demonio, la mujer y la sexualidad (fortalecido, por otra parte, en las corrientes ascéticas de la iglesia) pueden haber pesado, sin duda, en ciertas creencias demoniolátricas, y en la concepción de los rituales sabáticos. Así, por ejemplo, se trasluce algo de las ideas gnóstico-maniqueas en las declaraciones de la bruja tolosana María de Georgel, quien confesó creer «que existía una completa igualdad entre Dios y el Diablo, que el primero era rey del Cielo y el segundo de la Tierra» y que «este combate entre Dios y el Diablo duraba desde la eternidad...» (10).

Entre las notas características atribuidas al *Sabbat* figuraban el consabido vasallaje al Demonio y la abjuración de la fe cristiana (en el caso del ritual erótico de *Abaddón* se cumple virtualmente por parte de «Sábato» la renuncia al reino de la Luz y la sumisión al Príncipe Tenebroso); se repudiaba en especial a la Virgen (repudio que está implícito en el lugar escogido, en la naturaleza del rito que ocurre en la novela y en la mujer que lo propicia); se celebraba asimismo un banquete diabólico y, lo que es más importante para nuestro tema, se practicaba la unión sexual promiscua y frecuentemente incestuosa (el de-

(9) Cfr. Mircea Eliade: *Ocultismo, brujería y modas culturales*, Marymar, Buenos Aires, 1977, pp. 136-137 y ss.

(10) Cfr. Julio Caro Baroja: *Las brujas y su mundo*, «Revista de Occidente», Madrid, 1961, página 130.

monio era el dios del incesto por excelencia) (11), así como la cópula entre seres humanos y demonios íncubos (masculinos) y súcubos (femeninos). Había también frecuentemente una *reina* del *Sabbat* o aquelarre, sobre cuyo cuerpo se celebraba la famosa misa negra de cuya existencia tanto han dudado los historiadores (12). Pero la leyenda está —cultivada por Michelet, Stanislas de Guaita, Huysmans, que se apoyan a su vez en antiguos tratados sobre la brujería— y nos asegura que esta misa sacrílega comprendía, por parte de los asistentes, el humillante homenaje al Demonio, la prostitución de la sacerdotisa con éste, o con su simulacro realizado en madera (señalan los más comedidos), la ronda del *Sabbat,* la presentación de ofrendas y la distribución entre los asistentes de un pastel que se cocinaba sobre el cuerpo de la mujer. Mucho más tarde se acusó a la Montespan de haber ofrecido misas de este género —pero con rasgos aún más aberrantes— con el fin de retener el amor del Rey (13). Cabe notar, no obstante, que, si los elementos eróticos y las descripciones pornográficas abundan en todos los relatos sabáticos que se conocen (14), ello no implica que estas orgías demoníacas tuvieran como fin simplemente el placer, que por otro lado se negaba. Advierte Mircea Eliade que «La mayoría de las brujas... declaraba no alcanzar placer alguno en su coito con el diablo. Cuando leemos sus testimonios, todos nos suenan más a una dura prueba de iniciación que a una *partie de plaisir.* El carácter penoso de las orgías era bien conocido, y no sólo entre los que eventualmente eran sospechosos de brujería». (15).

Entre estas prácticas rituales satánicas de la Edad Media y el ritual que se realiza en *Abaddón* podemos hallar, en suma, las siguientes afinidades: 1. Se trata de rituales con un contenido erótico y un sentido iniciático, donde el placer o bien no existe, o es totalmente secundario con respecto a la finalidad perseguida que es, en ambos casos, la vinculación con el poder de las Tinieblas y la abjuración del reino de la Luz. 2. En los dos casos se invierten los símbolos cristianos. En la novela estos símbolos son: la misma Iglesia (el rito se realiza bajo la cripta, en el reverso, en lo inferior y subterráneo), la Virgen María (a quien se le opone Soledad, la mujer serpiente), y el misterio de la Inmaculada Concepción (contrapuesto al horrendo misterio de la desfloración del ojo sexual). 3. El carácter protagónico del

---

(11) Cfr. Jules Bois: *Le satanisme et la magie,* avec une étude de J. K. Huysmans, Léon Chailly éditeur, Paris, 1895, p. 193.

(12) Cfr. Caro Baroja: *Op. cit.,* p. 239; Geoffrey Parrinder: *La brujería,* Eudeba, Buenos Aires, 1963, pp. 60-61.

(13) Cfr. Fabre des Essarts: *Sadisme, satanisme et gnose,* París, Bodin Libraire Editeur, 1906.

(14) Cfr. Caro Baroja: *Op. cit.,* p. 352; Parrinder: *Op. cit.,* pp. 79-80.

(15) Mircea Eliade: *Op. cit.,* p. 141.

personaje femenino en la celebración del rito. En la misa negra, en el aquelarre, y en *Abaddón,* la mujer es el eje de la ceremonia. También en la misa negra había —cabe señalarlo— un oficiante masculino, pero que realizaba sólo el papel hierofántico que el siniestro R. cumple también en la novela.

3. EL «MAITHUNA» Y LOS RASGOS ESPANTABLES DEL TANTRISMO

Lo cópula ritual de Sábato y Soledad no puede menos que recordarnos, al menos en lo que hace a su forma exterior, al *maithuna* hindú. En lo que respecta a su significado profundo puede decirse, en cambio, que el rito de *Abaddón* supone más bien, en cierto sentido, una inversión del coito sagrado del hinduismo.

En la India pretántrica se practicaba ya el *maithuna* en dos niveles y con dos finalidades: como unión conyugal ritual, que repetía y renovaba la hierogamia entre el Cielo y la Tierra, entre el Principio Masculino y el Femenino; como unión sexual orgiástica, que aspiraba a la propiciación de la fecundidad, o a la creación de una defensa mágica. La práctica del *maithuna* se renueva en el tantrismo y en el budismo, donde se llega a considerarlo como un medio de salvación. Un clásico modelo del *maithuna* es el *Yab-Yum,* ícono tibetano donde Buddha y su Shakti (el principio femenino activo de la manifestación) aparecen estrechamente abrazados, simbolizando la unidad e identidad transcendente de los principios cósmicos: lo manifestado y lo no manifestado, lo activo y lo pasivo (16).

Cabe señalar que en el rito tántrico no orgiástico del *maithuna,* la mujer (encarnación de la sustancia universal —prakrti— y de la Shakti o Energía femenina, madre del universo fenoménico) ha sido cuidadosamente escogida por el *guru:* debe ser joven, bella y sabia. Es muy importante advertir que el *maithuna* no supone la consumación del placer sexual; de ser así, por el contrario, el *yogi* y la *yogini* caerían en la cadena kármica en vez de liberarse. Se exige, en cambio, el prolongamiento de la tensión hasta lograr una experiencia nirvánica que concluiría con el «retorno» o «aspiración» del semen, procedimiento presumiblemente posibilitado por las técnicas yóguicas de absoluto dominio corporal. Esta ceremonia persigue el más alto fin metafísico-religioso: el regreso a la Unidad donde se confunden los contrarios, la abolición del Tiempo, la reconquista de la plenitud que precede al des-

---

(16) Cfr. sobre el *maithuna:* M. Eliade: «Notes sur l'érotique mystique indienne», *La Table Ronde,* París, núm. 97, Janvier 1956, pp. 28-33; *Le Yoga. Immortalité et Liberté,* Payot, París, 1954, pp. 256 y ss.; *Técnicas del yoga,* Fabril Editora, Buenos Aires, 1972, páginas 181 y ss.

garramiento de la Creación. El *maithuna* (así como la aspiración mística esencial de la religiosidad tántrica) se ubica más allá del Bien y del Mal, cuyo combate configura, en cambio, el escenario donde se sitúan los agonistas de Sábato. La cópula ritual hinduista busca integrar en lo Uno aquello que en el mundo fenoménico aparece como Mal: la muerte, la enfermedad, el dolor, la injusticia. Pero no se puede negar —y en esto se aproxima el rito que se realiza bajo la Iglesia de la Inmaculada Concepción y los ritos tántricos— que la imagen tántrica de la vida y la sexualidad presenta también rasgos terribles y repugnantes y parece deleitarse morosamente en ellos.

Advertiremos en primer lugar, que la secta más conocida del tantrismo es la de los Shaktas o adoradores de la Diosa o Shakti. Esta secta se divide en dos ramas: la de la Mano Izquierda y la de la Mano Derecha. La primera contempla la realización literal de las ceremonias eróticas que hemos mencionado, a las que se agregaban sacrifios de seres humanos y animales. La segunda sólo aceptaba una interpretación simbólica de estas prescripciones. Si bien no es en el *maithuna* mismo donde se manifiesta la faz nefasta de la religión tántrica (por el contrario, es considerado como una vía salvadora de felicidad, que identifica al hombre con lo divino) hay en las prácticas del tantrismo «un gusto muy grande por lo horrible y horroroso, por lo repelente, por lo sucio, por lo anormal». Con harta frecuencia, se unen en ellas la sexualidad y los elementos más repulsivos y macabros: así, en una praxis mágica cuyo objeto es obtener la videncia, el devoto debe meditar sobre la Diosa (que aquí se manifiesta como Kali la Negra), «representándosela desnuda, con las caderas adornadas con un cinturón de manos de muertos y realizando el acto sexual con Shiva, en un cementerio, encima de un cadáver». Las diosas tántricas son particularmente terríficas y se presentan al devoto bajo formas espantosas: «Cadáveres, partes de cadáveres, en especial cráneos, dientes prominentes, sangre chorreando, armas afiladas, demonios, animales feroces, etc., "las acompañan o las adornan". A título de ejemplo mencionemos a Chinnamastã, la cual sostiene en su mano izquierda su propia cabeza, que ha sido cortada de su cuerpo; la cabeza y dos divinidades femeninas, que están a su lado, beben la sangre que sale del cuello; está de pie encima de Kãmadeva (el Amor) y de la esposa de éste, Rati (el Placer), que están practicando el acto sexual». (17).

El hombre tántrico es un hombre dividido, que oscila entre los sentimientos sádicos (los sacrificios humanos y animales) y los maso-

---

(17) Todas las citas a partir del número 16 pertenecen a Fernando Tola: «El simbolismo en el tantrismo», *Estudios de filosofía y religiones del Oriente*, año 1, núm. 1, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1971, pp. 61, 62 y 63.

quistas (llegando a autotortura física y mental y al suicidio religioso); si deja un lugar a la expansión sexual, santificada por el rito, en su vida privada es puritano y asceta, vive estrictamente sometido a las imposiciones del sistema de castas (que son abolidas en el rito) y adopta una posición contraria a la sensualidad y al sexo (18).

Veamos ahora en qué sentido puede vincularse el rito de *Abaddón* con el *maithuna* y con las prácticas del tantrismo. Se trata, en primer término, de una cópula ritual consumada entre un hombre y una mujer que tiene rasgos numinosos y sobrehumanos y que es comparada a una serpiente, como lo es también la Shakti tántrica (la cósmica Kundalini, símbolo de la Energía). En esta unión la mujer adopta un aspecto tremendo y es mucho más activa que el hombre: «Entonces ella se incorporó, con salvaje fulgor, su gran boca se abrió como la de una fiera devoradora, sus brazos y piernas lo rodearon y apretaron como poderosos garfios de carne y poco a poco, como una inexorable tenaza lo obligó a enfrentarse con aquel gran ojo...» —*AB*, p. 420— (compárese esto con la faz terrible de la Shakti y su carácter de principio activo de la manifestación); la ceremonia es también organizada por una suerte de *guru* satánico: R., quien ha preparado a la doncella: Soledad, bella —aunque de una hermosura nocturna y sombría—, sabia —pero de un conocimiento espantoso y demoníaco—. En este rito tampoco se llega a la plenitud del goce; por el contrario, se fuerza al iniciando, horrorizado, a enfrentarse con el ojo genital, cuya ruptura no provoca ningún estremecimiento erótico, sino sólo la sensación de un líquido helado que se derrama. Este acto supone también la transmisión de un saber, el acceso al secreto de la Existencia, pero no es el misterio beatífico de la Unidad suprema de los principios, como en el tantrismo, sino el nefando misterio del Mal. No se trata de la conjunción de los principios opuestos, sino más bien de la sumisión de un principio al otro: de lo masculino (que a lo largo del libro podríamos suponer identificado con la luz, la razón, el espíritu) a lo femenino (ligado aquí especialmente al mal, la materia, el sexo, las Tinieblas). Tampoco podemos invocar en este caso, en modo alguno, una afinidad con la utilización del *maithuna* en ritos eróticos de fertilidad o de comienzo, como ocurre en las sociedades arcaicas (19), como ocurría en la religión de los Vedas. Basta examinar la imágenes que Sábato asocia a la evocación de María de la Soledad: «Comenzó a parecerle que no estaba en el parque de una vieja pero conocida casa de Belgrano sino en el territorio de un planeta abandonado, emigrados los hombres hacia otras

(18) F. Tola: *Op. cit.*, p. 67.

(19) Eliade, M.: *Tratado de historia de las religiones*, t. II, Cristiandad, Madrid, 1974, 134 y siguientes.

regiones del universo, huyendo de una maldición. Huyendo de un planeta en el que no había ni habría nunca más jornadas de sol, para siempre librado a la lívida luz de la luna». *(AB,* pp. 420-421.)

Pero sí pueden efectuarse claras aproximaciones entre los aspectos más siniestros del tantrismo y la cosmovisión sabatiana: la unión de lo macabro y de la sexualidad, las actitudes sadomasoquistas, los rasgos tremendos y crueles de la Diosa, el rechazo del sexo y de la sensualidad, que vuelven a introducirse, no obstante, en la esfera religiosa, cobrando a veces en el tantrismo y siempre, en el caso de *Abaddón,* matices funerarios y demoníacos. Podemos advertir, además, que en la obra de Sábato se menciona explícitamente una Secta de la Mano Izquierda (si bien no es la del tantrismo) y una vía de la Izquierda (que sí puede aproximarse al sentido tántrico de Izquierda). Conviene aclarar este punto. Al hablar de la Secta de la Mano Izquierda, «Sábato» se refiere a la enigmática comunidad de la que se supone era jefe el general Haushoffer. Según la información que suministran Pauwels y Bergier (20), Haushoffer habría sido el jefe de una logia ocultista llamada Thulé, que presumiblemente inspiró a Hitler. Esta logia habría postulado la existencia de una antiquísima civilización tibetana, destruida por una conflagración atómica, cuyos miembros se habrían dividido en dos bandos: la secta o vía de la Mano Derecha, cuyo centro estaría en Agarthi, misteriosa ciudad dedicada a la contemplación del Bien, lejos del bullicio mundano, y la Secta o vía de la Mano Izquierda, cuyo centro sería la ciudad de Schamballach, sede de la violencia y el poder oscuro. Haushoffer y su logia habrían concretado con Schamballach un pacto por el cual, a cambio de juramentos y sacrificios (las matanzas en masa de la segunda guerra) se les entregaría el dominio del mundo. La mención de la Izquierda aparece también en labios del profesor Schnitzler *(AB,* pp. 322-326 y 402-405) ambiguo sujeto que «Sábato» no sabe si considerar como enviado del reino de las Tinieblas o del mundo de la Luz. Para Schnitzler, a la mano izquierda, al lado izquierdo, debe adscribirse lo femenino, lo inferior, lo oscuro, lo irracional e instintivo, lo inconsciente, el mal, la subjetividad, el desorden, lo vital y carnal, el sexo, la horizontalidad, lo funesto; al lado derecho, en cambio, corresponde lo superior, lo racional, lo masculino, lo luminoso, la conciencia, el bien, lo objetivo, el orden, la verticalidad, etc. (21). La vinculación de la Izquierda en el tantrismo con lo femenino, lo vital y lo

(20) Cfr. *Le matin des magiciens, Introduction au réalisme fantastique,* Gallimard, París, 1964, pp. 428 y ss.

(21) Cfr. Roger Caillois: *El hombre y lo sagrado,* trad. Juan José Domenchina, F. C. E., México, 1942, pp. 40-43, para la identificación de la izquierda con el polo repulsivo de lo sagrado (y su vínculo con la mujer), y de la derecha con el polo atractivo (dominio de la razón, la justicia, la luz, etc.).

sexual, es evidente. No sucede así, en cambio, con las demás calificaciones a afinidades negativas, ya que la Shakti es dadora tanto de bien como de mal, y es tanto conciencia pura (Chit-Shakti) en lo que se identifica con Shiva, como Maya-Shakti o Ilusión Cósmica, con su cortejo de muerte, ignorancia y sufrimiento.

4. LA «MANTIS RELIGIOSA» Y LAS FORMAS ARCAICAS DEL EROTISMO

Podemos buscar aún más lejos el esquema mítico profundo que sustenta el coito ritual entre Sábato y Soledad. Recordemos el pasaje ya citado en que la mujer aparece como una «fiera devoradora» que rodea y atenaza a su *partenaire,* obligándolo a la unión (cfr. *AB,* p. 420). La actitud de Soledad responde aquí al patrón que la *mantis religiosa* representa en el mundo animal y que —como lo ha demostrado Roger Caillois (22)— subyace también al comportamiento humano profundo, y por ende al mito, que es la proyección de esta conducta. Como se sabe, la manta decapita y luego devora al macho durante o después de la cópula. Esta actitud —afirma Caillois— constituye un símbolo o expresión eficaz de las hondas vinculaciones que el hombre presiente entre el erotismo, la muerte y la nutrición. El acto sexual está regido por un principio de *detumescencia* que supone el paso de la máxima tensión a la relajación absoluta, a un abandono y una inermidad semejantes a la muerte. Por otra parte existen analogías naturales entre los órganos genitales y sus secreciones, y los órganos nutricios (mama henchida/pene en erección; leche materna/semen; boca/vagina) y entre el deseo sexual (al que algunos autores han calificado de «hambre protoplasmática») y el deseo desesperado de alimento. Aun una aberración como el sadismo sería «la forma humana anormal de fenómenos que pueden encontrarse en los primeros comienzos de la vida animal, como la supervivencia o el retorno atávico a un canibalismo sexual primitivo» (23).

En estos estratos arcaicos de la vida, se percibe también un vínculo estrecho entre la vista y la sexualidad, vínculo que el psicoanálisis ha querido explicitar más tarde. Ciertos pueblos, como los tucanos, identifican la vagina y la vista: «Según un mito, la mujer-yagé fue fecundada a través de los ojos.» Encontramos en los tucanos la equivalencia ojos-vagina. El verbo «fecundar» deriva de las raíces «ver» y

---

(22) Cfr. Roger Caillois: *El mito y el hombre,* trad. de Ricardo Baeza, Sur, Buenos Aires, 1939.

(23) Kiernan, citado por Caillois, en *El mito y el hombre,* p. 108.

«depositar» (24). También la creencia en el *mal de ojo* —ya nos extenderemos sobre el particular— que se ha asociado desde tiempos remotos preferentemente a la mujer, tendría su raíz en el *peligro sexual* que se atribuye a la mujer devoradora, en quien se encuentran el placer y la muerte.

Es digna además de notarse —siguiendo con los paralelos postulables entre el rito erótico de *Abaddón* y los patrones míticos más antiguos— la analogía existente entre la disposición de quienes participan en la ceremonia de la Iglesia de Belgrano, y ciertas imágenes pertenecientes al culto de la Gran Diosa (forma primigenia que asumió para el hombre la divinidad). Esta Diosa [que, según las tradiciones más añejas, es cruel, lasciva y cuyas uniones se asemejan a las de los animales (25)] es representada a menudo bajo la forma de una mujer desnuda con las piernas separadas de manera que las miradas recaigan sobre su órgano sexual; ésta es precisamente la posición que adopta Soledad. Cabe advertir, por otra parte, que en un vaso funerario de una necrópolis de Mallia, al este de Cnossos, la diosa madre, colocada de esta manera, es el personaje principal de una tríada. El esquema mítico de la tríada poliándrica (la diosa más dos figuras masculinas) es de suma importancia y de muy larga y constante tradición; este esquema parece repetirse en la novela, donde un personaje principal femenino (la numinosa Soledad) y dos personajes masculinos (R. y S.) intervienen en el rito. Una imagen frecuente en Grecia era la de la Diosa con los gemelos Dioscuros, o con los Cabiros, lo cual no deja de tener relación con la pareja formada por S. y R., que son, según se dice en el texto (*AB*, p. 269) «gemelos astrales».

5. FUNCION Y SIGNIFICADO DEL OJO SEXUAL

El elemento nuevo y verdaderamente insólito que se introduce en este rito erótico —el cual, como hemos visto, posee ciertos paralelos formales y semánticos en la tradición universal— es el extraño órgano óptico (un enorme ojo grisverdoso) que ostenta en el lugar del sexo Soledad.

Acaso la raíz plástica de esta peculiar innovación se halle en el espíritu de la pintura surrealista, que Sábato conocía muy bien y que él mismo menciona en *Abaddón* cuando habla del trágico destino de Víctor Brauner, pintor judío-rumano que sufriría la mutilación de su ojo

---

(24) Cfr. Eliade: *Ocultismo, brujería y modas culturales*, p. 177.

(25) Cfr. Jean Przyluski: *La grande Déesse*, Introduction a l'étude comparative des religions, Préface de Charles Picard, Payot, París, 1950, pp. 16 y 153.

derecho, anunciada por él mismo en algunos de sus cuadros. Dice el narrador de Brauner: «Durante diez años, es decir, desde 1927 hasta 1937, pintó imágenes del inconsciente, obsesivas, concernientes a los ojos, algunas de extrema agresividad. *Cuadros en los cuales el ojo es sustituido por un sexo femenino* o se transfoma en cuerno de toro, pinturas en las que los personajes están parcial o totalmente desprovistos de ojos» *(AB,* p. 308, el subrayado es nuestro). Por otra parte, en un esclarecedor ensayo, Salvador Bacarisse (26) menciona como antecedente interesante, un libro de Georges Bataille: *Histoire de l'Oeil,* con litografías de André Masson en su edición original; en su frontispicio, señala, hay dos figuras femeninas cuyo sexo contiene un globo ocular. El capítulo XIII de dicho libro, cuyo tono es en general obsceno, presenta una situación prácticamente idéntica al rito efectuado por «Sábato» y Soledad. Sin embargo, puesto que Sábato afirmó no conocer esta obra, apunta Bacarisse que nos encontraríamos ante un caso de «sincronismo literario». No sería raro, en efecto, que, dadas las profundas afinidades del escritor con el movimiento surrealista (en el que el sexo y la videncia juegan un papel tan preponderante) Bataille y Sábato hubieran encontrado —mediando por supuesto la diferencia de tono— imágenes similares.

Cabe preguntarnos por el significado de ese ojo inserto en el lugar del sexo. Si nos remitimos al ámbito mítico y mágico-religioso, hemos visto ya que en estratos arcaicos se establecía una vinculación honda y oscura entre la vista y la sexualidad femenina. Así, a la «mujer devoradora» (uno de cuyos tipos es la bruja) se le atribuía la práctica del *mal de ojo,* relacionada con la fascinación sexual. La creencia en el mal de ojo puede considerarse como «both primeval and universal, and ... is in many countries as current to-day as it was in prehistoric times» (27). A la magia ocular parece habérsele atribuido siempre un poder exclusivamente maligno, como no se exceptúe el dudoso hechizo del amor, que por otra parte en la poesía de índole cortés y en la literatura caballeresca llegó a ser descrito como una verdadera enfermedad devoradora del ser del amante. El mal de ojo se relaciona especialmente con la envidia destructora; esto se comprueba en el término latino para el verbo envidiar *(invideo),* así como en las Escrituras donde una misma palabra alude a la envidia y al mal de ojo. Es, pues, una magia estrictamente luciferina, ya que Lucifer es el gran envidioso del poder de Dios, que aspira a usurpar.

---

(26) «Abaddón el exterminador: Sabato's gnostic escathology», *Forum for Modern Language Studies,* vol. XV, núm. 2, April 1979, pp. 184-205.

(27) Cfr. James Hastings: *Encyclopaedia of religion and ethics,* New York, Charles Scribner's sons, 1928, V, 608 a-615 b.

La bruja —tipo con el cual Soledad tiene plausibles vínculos— es la clásica portadora del mal de ojo. Al ojo se le daba además —dentro del contexto de la brujería— un especial valor como prueba de las relaciones existentes entre el inculpado de hechicería y el Demonio. Así, en tierras vascuences, dos niñas que se presentaron ante el inquisidor como brujas arrepentidas, juraron poder identificar a los que habían jurado fidelidad a Satán por el hallazgo de una presunta marca en el ojo *izquierdo,* sobre la pupila. Decíase además que los así señalados se tornaban incapaces para ver el sacramento del altar —eran *ciegos,* en suma, frente a la suprema manifestación del Bien, del Ser— (28).

Cabe acotar que las anormalidades físicas y mentales calificaban a su poseedor como posible depositario del nefasto influjo. Una de ellas era tradicionalmente la *doble pupila,* característica que distingue a la hechicera Dipsas, en Ovidio. En el caso de Soledad, no sólo toda ella es excepcional (demasiado desarrollada física y espiritualmente para su edad, dotada de un saber tenebroso e inmemorial), sino que cuenta con un prodigioso ojo genital de color grisverdoso (los ojos verdes son considerados en ciertas regiones como especialmente malignos). Por otra parte, la descripción que se hace de la mirada de Soledad basta para atribuirle el siniestro poder ocular que distingue a figuras míticas como la Gorgona: «Era un ser nocturno, un habitante de cuevas, y tenía la misma mirada paralizante y la misma sensualidad de las serpientes». *(AB,* p. 416.) Las serpientes son, por otro lado, en la creencia popular, notorias poseedoras de la capacidad de dañar a través de la vista.

No sería errado concluir que la función y el sentido del ojo, no sólo en *Abaddón,* sino en toda la narrativa de Sábato, se apoyan, en parte —teniendo en cuenta las constantes relaciones que en ella mantiene con la mujer y con ámbitos mágico-demoníacos— sobre la creencia universal (podría decirse arquetípica) en el *mal de ojo* (o *evil eye,* o *mauvais oeil,* o *malocchio,* etc.); esto es, en la influencia mágica nefasta que se atribuye de manera exclusiva y preponderante al órgano de la vista, sobre todo entre las mujeres. Sabemos, por otra parte, que esta atribución preferente del mal a la mujer descansa sobre la identificación mítica entre los ojos y la vagina, que asume, en el esquema primario de la «mujer-devoradora», la espantable dimensión de *vagina dentada.* En el caso de Soledad, esta identidad mítica es tan palmaria, que hasta cae, podríamos decir, en el pleonasmo. En efecto, ya no hay alusión, no se trata de una cosa que sugiere otra; ambos

(28) Caro Baroja: *Op. cit.,* p. 216.

términos del símbolo se superponen en la misma imagen. Esto duplica tanto el carácter siniestro de la femineidad de la joven, como la malevolencia sexual mágica del ojo que exhibe.

Curiosamente, no sólo el mundo mítico-mágico nos habla del poder tenebroso de la vista. Un filósofo y literato contemporáneo, muy alejado aparentemente de este tipo de cosmovisión, resulta tener en esto ciertas afinidades con Sábato —al menos así lo declara el *alter ego* del escritor en la novela que nos ocupa (pp. 46-47). Se trata nada menos que de Jean Paul Sartre, cuyas observaciones con respecto al poder de la mirada son harto significativas. Recorrer la fecunda obra del pensador francés, o exponer la filosofía de la mirada y del cuerpo en *L'être et le néant* constituiría de por sí suficiente motivo para otro artículo. Nos limitaremos a proponer para la meditación algunas citas, extraídas de obras de teatro, y de un ensayo importante y particularmente relacionado con el tema del mal: *Saint Genet, comédien et martyr.* Empecemos por el teatro. Se dice en *Huis Clos* que el infierno consiste en estar expuesto constantemente a la mirada ajena, en ver reflejada en los ojos de los otros la propia miseria, la propia culpa; es el horror de no poder ya cerrar jamás una pupila siempre abierta en una vigilia espantosa:

> GARCIN.—Voilà ce qui explique l'indiscrétion grossière et insoutenable de votre regard. Ma parole, elles sont atrophiées.
>
> LE GARÇON.—Mais de quoi parlez-vous?
>
> GARCIN.—De vos paupières. Nous, nous battons des paupières. Un clin d'oeil, ça s'appelait. Un petit éclair noir, un rideau qui tombe et qui se relève: la coupure et faite. L'oeil s'humecte, le monde s'anéantit. Vous ne pouvez pas savoir comment c'était rafraîchissant. Quatre mille repos dans une heure. Quatre mille petits evasions (29).
>
> GARCIN.—Alors il faut vivre avec les yeux ouverts... Les yeux ouverts. Pour toujours. Il fera grand jour dans mes yeux. Et dans ma tête (30).
>
> Tu es un lâche, Garcin, un lâche parce que je le veux. Je le veux, tu entends, je le veux! Et pourtant, vois comme je suis faible, un souffle; je ne suis rien que le regard qui te voit, que cette pensée incolore qui te pense (31).
>
> Je vous vois, je vous vois; a moi seule je suis une foule, la foule, Garcin, l'entends-tu?
>
> G.—Il ne fera donc jamais nuit?
>
> I.—Jamais.
>
> G.—Tu me verras toujours?
>
> I.—Toujours (32).

(29) Jean-Paul Sartre: «Huis Clos», en *Théatre*, NRF, Gallimard, París, 1957, p. 118.
(30) Sartre: *Op. cit.*, p. 119.
(31) Sartre: *Op. cit.*, p. 166.
(32) Sartre: *Op. cit.*, p. 167.

GARCIN.—Ils avaient prévu que je me tiendrais devant cette cheminée, pressant ma main sur ce bronze, avec tous ces regards sur moi. Tous ces regards qui me mangent... (Il se retourne brusquement) Ha! Vous n'êtes que deux? (Il rit) Alors, c'est ça l'Enfer. Je ne l'aurais jamais cru... Vous vous rappelez: le soufre, le bûcher, le gril... Ah! Quelle plaisanterie. Pas besoin de gril, l'Enfer, c'est les Autres (33).

El tema, muy explícito aquí —tal vez en esta pieza sartreana es donde se hace más evidente— reaparece en otras obras. En *Les Mouches,* el pueblo entero de Argos vive sometido a Egisto, el gran culpable, que ve su propio crimen en los remordimientos del pueblo, así como éste contempla sus culpas en el delito del rey. Esta mutua tensión los encadena y los consume, esclavizándolos a la tiranía de Júpiter, el enjuiciador, dios «de las moscas y de la muerte». Las Furias, figuradas como moscas, tienen millones de ojos, que Electra, una vez consumado el asesinato, siente incesantemente posados sobre sí. Los ojos de la joven, donde se mira Orestes en busca de asentimiento y amparo, son «ojos muertos», que reflejan el crimen del hermano y que producen horror (34).

En *Kean,* en *Los secuestrados de Altona,* la mirada es una magia malsana de la ilusión, es una manera de mantener el delirio del otro, quien a la vez mantiene, con su muda aquiescencia reflejante, el delirio propio. En *Los secuestrados...,* Johanna se plantea su fracaso frente al espejo y se ve a sí misma, loca, en la locura de Franz:

JOHANNA (riendo nerviosamente).—Esto es un negociado: Acepte mi locura y yo aceptaré la suya.

FRANZ.—¿Por qué no? Ya ahora no tiene nada que perder, y en cuanto a mi locura, hace ya rato que usted la ha aceptado (señalando la puerta de entrada). Cuando yo abrí la puerta, usted ya no me veía a mí, sino a una imagen en el fondo de mis ojos.

JOH.—Porque sus ojos están vacíos.

FR.—Precisamente por eso.

JOH.—... ¿Pero qué le pasa? (ríe nerviosamente). Parece frente al lente de una cámara. ¡Basta! Usted está muerto.

FR.—Para servirla. La muerte es el espejo de la muerte. Mi grandeza refleja su belleza (35).

En *Kean,* el público de Londres sostiene con su aplauso una gigantesca farsa: la personalidad del gran Kean, el actor, que en realidad no existe por sí misma: es ineluctablemente lo que de ella hacen los otros. El *ménage à trois* que se establece entre Kean, el príncipe de

(33) Sartre: *Op. cit., ibídem.*

(34) Sartre: «Les mouches», en *Théatre,* pp. 85 y 90 especialmente.

(35) Sartre: *Los secuestrados de Altona, Losada,* Buenos Aires, 1961, p. 93.

Gales y la condesa Elena (a la que en verdad ninguno de los dos ama) permite finalmente descubrir que estos seres, identificados con el genio, la majestad y la belleza no tienen vida propia: necesitan desesperadamente verse reflejados en los ojos de los otros en la admiración ajena, para seguir conservando la ilusión de existir (36).

Sartre vuelve insistentemente sobre estos problemas en su magnífico estudio sobre Genet, en quien la mirada de los demás ha obrado —sostiene el filósofo— como un poder de constitución de la propia esencia. Genet no ha sido ladrón y pederasta tanto por una inclinación íntima, cuando por la mirada sentenciadora de los otros, que ve esas cualidades en él y lo condena: «Clavado por una mirada, mariposa sujeta en un tablero, está desnudo, todos pueden verlo y escupirle. La mirada de los adultos es un *poder constituyente* que lo ha transformado en *naturaleza constituida*» (37). Genet convierte esos ojos enjuiciadores en una destinación divina para el Mal; proyecta el Ojo colectivo en el cielo transformándolo en Conciencia Reflexiva que lo vigila y ordena sus pasos y con relación a la cual él es sólo una conciencia refleja: «Así, por medio de una inversión brusca, la conciencia se convierte en objeto y el objeto invisible de la conciencia pasa a la categoría de sujeto absoluto que la contempla» (38).

De este modo, gracias a esta contemplación terrible y omnisciente, Genet se hace *objeto puro,* esto es, lo visible y lo juzgable por excelencia, a merced de la mirada universal:

> Genet huye bajo la mirada de Dios. El poder de convertirse en objeto, que a todos nos corresponde por derecho, se ha exagerado en él y transformado en objetividad permanente: la *visibilidad* es su esencia misma; existe porque es visto. Para él, antes mismo de pormenorizarse en árboles, ríos, casas, animales y personas, el mundo es una mirada que lo saca de la nada, lo envuelve, lo condena. Las cosas son ojos, lo mantienen a distancia, él se desliza por la superficie del ser, rechazado por la luz que se escapa de las hojas, de las corolas, de las ventanas, y que le denuncia a todos (39).

Ahora bien —volviendo a la obra de Sábato— la mirada secreta que contempla, implacable, a los que se inician en el mundo de las Tinieblas, la mirada del Ojo del anciano o del Ojo-Utero de la Diosa en *Sobre héroes y tumbas;* la del Ojo sexual de Soledad, en *Abaddón,*

---

(36) Sartre: *Kean,* adaptación de la obra de Alexandre Dumas, trad. María Martínez Sierra, en *Teatro,* vol. 3, Losada, Buenos Aires, 1957.

(37) Sartre: *San Genet, comediante y mártir,* trad. de Luis Echávarri, Losada, 1.ª ed., Buenos Aires, 1967, p. 61.

(38) Sartre: *San Genet...,* p. 163.

(39) Sartre: *San Genet...,* pp. 340-341.

es también una mirada petrificante como la de la Gorgona, una mirada enjuiciadora que transforma cabalmente al individuo en objeto, que lo conoce hasta lo más profundo de su interioridad, que lo desnuda, revelándole su culpa —una culpa no tanto personal cuanto metafísica, ontológica—. («¡Ese hombre extraño y misterioso! Nacido culpable como yo. Porque he venido al mundo con una mala conciencia, con miedo a todo, a los hombres, a la vida. Creo que he cometido algo malo antes de haber nacido», *AB*, p. 402.) Pero difiere de la mirada común en una peculiaridad espantosa: el ser que la emite, el Ciego, no puede a su vez transformarse en objeto. Si lo que —según Sartre— caracteriza la percepción del prójimo, es la posibilidad permanente de ser-visto por él, de convertirse en objeto para él (40), esto no sucede así en lo que hace al Ciego, que no ve a los otros con los ojos comunes y que tampoco es visto; la mirada ajena resbala por su piel sin descubrirlo, sin dañarlo, sin reflejarlo, puesto que no se sabe reflejado. Pero en cambio la mirada del Ciego, que se sitúa en un nivel superior de *videncia* numinosa, escarba hasta lo más profundo del ser que lo enfrenta, sin que éste pueda devolver la indagatoria. Bien observa Wainerman que, dentro de la cosmovisión sabatiana, los Ciegos «serían quienes nos observarían desde la oscuridad. Presuntamente, más que una ceguera, tendrían una videncia total, y con ello, la facultad de perseguirnos» (41).

Concluiremos entonces que el simbólico ojo sexual de *Abaddón* (así como todos los ojos simbólicos de las novelas de Sábato en general) es un ojo maligno, enjuiciador, objetivante, que desnuda a quien mira, lo exhibe en su culpabilidad y destruye con esa mirada envidiosa lo bueno y lo puro que el individuo contemplado podía aún atesorar. Y esto es así en primer lugar, porque se trata del Ojo del universo de los Ciegos, y simboliza la capacidad de mirar sin ser mirado, de objetivar implacablemente sin dejar de ser sujeto. Y es así también porque representa la puerta hacia las Tinieblas, hacia la Madre, el Sexo, la Materia, la Carne, que en el mundo mítico del maniqueísmo y sectas afines constituyen centros de numinosidad demoníaca.

Que el ojo esté situado en una posición genital implica además una inversión profunda del simbolismo tradicional metafísico del órgano óptico. El ojo simboliza allí al Intelecto concebido como tal y a su Principio, al cual refleja. Dios es el Ojo supremo que contempla al mundo y lo crea por su visión; es el centro metafísico de lo existente: el corazón y el sol. Por ello el lugar simbólico de este ojo privilegiado

---

(40) Sartre: *El ser y la nada, ensayo de ontología fenomenológica*, traducción y prólogo del profesor Miguel Angel Virasoro, 3.ª ed., Ibero-Americana, Buenos Aires, 1961, p. 60.

(41) Cfr. Luis Wainerman: *Sábato y el misterio de los ciegos*, Castañeda, Buenos Aires, 1978, p. 26.

mediante el cual el hombre alcanza la suprema realidad, de ese ojo que es una prolongación de la mirada divina y en donde Dios se contempla como Aquello que es conocido, está ubicado metafóricamente en el corazón humano, núcleo del Ser en la simbología tradicional, punto de convergencia del micro y el Macrocosmos. En un contexto hindú, tenemos también al ojo frontal del dios Shiva, el tercer ojo que representa la conciencia de la Eternidad, perdida para los hombres decadentes de la Edad de Hierro (42). El descenso del ojo simbólico desde el corazón o la frente al sexo femenino indica aquí, sin duda, el reemplazo del Intelecto por el instinto, del Espíritu por la materia, del padre solar, por el dominio lunar y tenebroso de la madre, y ya no tanto de la madre, de la Genitrix, cuanto de la hembra devoradora, en toda la oscura fascinación de una sensualidad que se considera como prohíbida y dadora de muerte, dotada de una nefasta irradiación numinosa. Hemos dicho que el ojo es imagen antiquísima del centro cósmico —Jung sostiene que el órgano de la vista es el modelo por excelencia del *mandala*, otro símbolo del centro y de la totalidad—; Boehme llama al mandala esférico diseñado en *Vierzig Fragen von der Seele*, «ojo de la eternidad», «ojo de Dios»; aquí junto con el ojo que lo encarna, el centro se ha desplazado a la sexualidad de la mujer:

> Una vez desnuda se arrodilló sobre el camastro en dirección a S., lentamente echó su cuerpo hacia atrás, mientras abría sus piernas y las estiraba hacia adelante.
>
> S. sintió que allí estaba en ese momento el centro del Universo *(AB*, p. 419).

No es, desde luego, la primera vez que una figura numinosa femenina aparece identificada a la vez con el Ojo y con el Centro —o con el Ojo que es Centro—. La ubicua Isis de los misterios y de la alquimia, la diosa de los mil nombres *(una quae est omnia)*, que es imagen de la materia primordial en sus insospechadas posibilidades de transformación, recibe el nombre de Virgen del mundo, o Pupila del mundo (pues por ambas denominaciones puede traducirse el griego *koré kosmou)* (43).

6. CONCLUSIONES

Esperamos haber podido mostrar en este ensayo las vinculaciones del rito erótico de *Abaddón* con otras concepciones y rituales pertene-

---

(42) Cfr. Frithof Schuon: *L'oeil du coeur*, Gallimard, París, 1950. Chevalier y otros: *Dictionnaire des symboles*, Seghers, París, 1973. Cirlot, Juan Eduardo: *Diccionario de símbolos tradicionales*, nueva ed. revisada y ampliada por el autor, Barcelona, Labor, 1969.

(43) Cfr. A. J. Festugière: *Hermetisme et mystique paienne*, Aubier-Montaigne, París, 1967, páginas 246-247.

cientes al ámbito mítico-religioso: los ritos sabáticos, el *maithuna* tántrico, los esquemas míticos arcaicos de la sexualidad, y sobre todo, la visión maniquea y cátara del erotismo (ya que es en la doctrina de Mani y sus derivaciones donde se nutre esencialmente el simbolismo de la novelística de Sábato). Al exhibir estas vinculaciones esperamos haber mostrado el espíritu religioso del rito (aunque se trate de una religación entre el hombre y el mundo tenebroso), sus antecedentes mítico-mágicos y su entronque en una vertiente simbólica universal. En cuanto a su peculiaridad más notable —la introducción del ojo sexual— hemos tratado de dilucidarla señalando sus conexiones con el surrealismo y su coherencia, por un lado, con la idea mágica del poder maligno de la vista (basada, como lo demostrara Caillois, en la presunta peligrosidad sexual atribuida a la mujer, y en la identidad arcaica de ojos y vagina), y, por otro lado, con la tesis sartreana sobre el carácter objetivador y paralizante —a veces infernal— de la mirada ajena. Finalmente, señalamos la vinculación de estas ideas sobre la naturaleza malévola de la mirada con la mitología sabatiana de la ceguera: en esta cosmovisión, el símbolo óptico se contempla como dotado de una numinosa omnisciencia destructiva porque es el ojo de los Ciegos, esto es, de aquellos seres que no sienten la mirada del otro, que pueden mirar desde el inaccesible plano de la videncia interior, más allá de los sentidos, sin ser, a su vez, contemplados en la misma forma por los demás. Ahora bien, ¿por qué este símbolo del ojo se inserta en el lugar del sexo femenino? Quizá porque en la *Weltanschauung* de Sábato, que, como ya dijimos, es maniquea en aspectos importantes, la Mujer —hacedora de la repudiable vida del cuerpo, tentadora del hombre— es la representante por excelencia del orden tenebroso de la Materia. De ahí que el ojo, símbolo tradicional en la metafísica universal, del centro cósmico, del Intelecto Superior, descienda a la genitalidad femenina, concebida como centro del Mal, de la Tiniebla, en tanto que es origen de la carne. Penetrando en el sexo ocular de la mujer se entra así en el insondable mundo de los Ciegos, se convierte uno en Ciego al franquear la puerta del ojo terribe; el hombre resigna su dualidad de cuerpo y espíritu para ser definitivamente devorado por la «otra caverna, aún más misteriosa que la que presenciaba el sangriento rito, la monstruosa ceguera». (*AB*, p. 420.)

MARIA ROSA LOJO DE BEUTER

Marqués de Loreto 1960, *Castelar* 1712,
Provincia de Buenos Aires
ARGENTINA